

Jesús Serna Quijada

Carcoma este olivo

Prefacio

Puede que un alud, puede que palpite
y desuse las palabras y otros cuerpos
caigan y no soporte el peso de astros y olvidos.

Puede que calcule o parta o nieve
y no sepa timonear ánimos y goletas
se afonden y talle cavidades y desmayos
y nostalgias. Y puede que nómada
y puede que estanque y puede que ceniza.

Y puede que todo, todo, todo, todo
cese y madera en esta última emboscada.

I

Te escribo a ti que no me lees,
indefenso, impreciso, impalpable.

No alivies el mar. No asumas tu cuerpo.
No te veles. No te salves. No agotes
inviernos para anidar olvidos. No,
no te asomes a estos ojos que te miran.
No te anules. No te evadas. No te mezas.
Sólo ciertos insectos conciben la soledad.

Golpea, sesga, si te nace, todas las sombras
que se esbozan en tus muslos cada amanecer.

Escapa a las rocas. Pero por favor,
no apagues el cielo esta noche al evocarme.

II

Porque duermes. Porque te desvaneces
y anotas cada bruma, cada azar
en los poros de esas manos que mal anudan el
porvenir.

Porque respiras. Sólo, sólo porque parpadeas.
Porque puede que la sal no sane del todo tus
heridas.

Y porque amas. Porque asumes tus pasos,
su levedad, y te ases a los huesos de la mañana
para no abandonarte a las olas, al tiempo.

III

Me agotas.

Sólo restan los posos de otra tarde,
pasos sin huella, lagunas
y cierto olor a sexo recién deshuesado.

IV

Callas. Partes sin ruido, sin demora,
sin sed. Antes prendes el cielo,
surcas, rasguñas con tus dedos
las sombras que otras ausencias dejaron en su
piel.

Te abismas. Un poco antes de olvidarte
al mar, apenas vacilas, apenas finges tibieza.
Lees nostalgia en sus besos. Y buscas,
rebuscas en su sexo tu soledad.

De las líneas de sus manos
nace el camino.

V

Destilas y anotas todos los surcos
de sus senos, del sol y de la tierra.
Tejes el curso de sus sueños,
pulsas sus simas. Y fluyes, fluyes
entre los muros que cercan su soledad.

Calcinas borrascas, encalas auroras,
sacudes océanos. Y tiznas, rasgas
su vientre y todas las lunas de su cintura.

Pero sólo tú sabes por qué te alejas
y se te caen sus huellas de tus manos.

VI

Las hormigas sólo intuirán cierta nostalgia
antes de morir, aplastadas, cómo no.
Tu cuello, tus senos, tu sexo no intuirán nada.
Apenas la brisa tibia. Apenas el mar.

Si te descalzaras, si fueras luna, nieve,
amanecer, intuirías, tal vez, leves mis labios
sobre tu espalda, o este silencio.

Si te durmieras, si despertaras afónica
y me intuyeras sobre tu vientre,
no apures el vuelo, busca en mis pupilas
las hormigas, la nostalgia, otra desdicha.

Al intuirme, olvídate.

VII

No te olvidarás de morir
al cerrar el libro. No,
no te olvidarás de sentir mis dedos
cayendo sobre tu espalda.

Temblarás. Temblarás y no,
no te olvidarás que las alas sirven para volar.

Tampoco olvidarás la brisa
posándose sobre tus senos.
Ni que besé tu vientre y dormité en su paladar
para que intuyeras la aurora.

Apurarás cosechas. Y no te olvidarás de llorar
en cada esquina de este otro otoño.
Mírame. Mírame. Mírame una vez.
Sin duda, no te olvidarás de que la lluvia
también solloza ante el abismo.

Infinito

Carcoma este olivo. Prenda
huesos o maderos. Golpee muda
o desfallezca. Mature, mature.
Duerma bien o mal o no vuelva.
Salga a la palabra o al invierno.
Disculpe el duelo. Enjague
o huela o falte o enloquezca
suelo abajo.